

## CAPITULO II.

## Del tráfico de los negros \*.

« Las espantosas orillas del Senegal no han  
 » brian llegado á ser el mercado á donde van  
 » los europeos á traficar á vil precio los derechos  
 » inviolables de la humanidad..... Solo la  
 » Pensilvania no tiene ya esclavos. El progreso  
 » de las luces me hace esperar que se seguirá  
 » muy luego este ejemplo por el resto de  
 » las naciones. »

Lib. I, cap. IV, p. 70, 71.

Quando se consideran las medidas tomadas por los diversos gobiernos de

\* Habiéndose considerado el tráfico de los negros, por espacio de mucho tiempo bajo un aspecto comercial y político, creo poder, á pesar de la reserva que me he impuesto en este comentario, tratar un asunto sobre el que está de acuerdo todo el mundo, al menos de palabra y que interesa tan esencialmente á la humanidad.

Europa contra el abominable tráfico que hace cuarenta años exponia Filangieri á la indignacion pública; quando se leen los discursos de los ministros en todas las asambleas y los decretos de los reyes en todos los países, se creirian cumplidos, al menos en parte, los votos del publicista italiano. Pero comparando los hechos con los teorías, y lo que pasa con lo que se ha prometido, se ve que el resultado de las leyes obtenidas y promulgadas ha sido el de agravar la suerte de la raza infortunada que se ha querido proteger.

Es una consecuencia triste y natural de las prohibiciones mal egecutadas, que las precauciones necesarias para eludir las introducen en las operaciones á que se entrega la codicia, con mengua de las leyes, un misterio y precipitacion que las hace doblemente irregulares, y cuando gravan sobre seres sensibles, doblemente crueles.

El tráfico de los negros ha venido á ser mucho mas atroz desde que se le ha entorpecido con prohibiciones ineficaces. Cuando estaba permitido, la autoridad que lo toleraba egercia al menos alguna vigilancia sobre los barcos negreros, sobre el número de los negros amontonados en esas funestas habitaciones, sobre la salubridad de los alimentos destinados á prolongar su triste existencia y sobre los castigos que les imponian sus verdugos. Desde que se prohibió este tráfico, construyeron los buques que sirven para este comercio, de un modo tal, que puedan escaparse mas facilmente á cualquier persegui- miento, encerrando en un estrecho espacio unos cautivos, que aun todavía son en mayor número. El temor de visitas imprevistas induce á los capitanes de estos barcos á ocultar su presa en cajas cerradas, en donde no puedan descubrirla los empleados destinados á esta

clase de inspeccion; y cuando es inevitable el descubrimiento, arrojan al mar estas cajas y las víctimas contenidas en ellas.

Estos horrores se hallan testimoniados con documentos auténticos; y pueden consultarse en los debates del parlamento de Inglaterra, en las discusiones de las cámaras francesas y en las memorias de la sociedad africana de Londres. Me abstengo de los pormenores pues los considero inoportunos en esta obra.

Resulta de esto que la abolicion de semejante tráfico, tal y como se ha egecutado hasta ahora, ha hecho mas mal que bien: que no se ha entiviado la codicia de los comerciantes que especulan sobre la sangre humana, y que su barbarie se ha acrecentado con los mismos obstáculos que se les han opuesto.

Esta persistencia en el atentado mas execrable que jamas se haya cometido, no diré por los pueblos civilizados, mas

ni aun por las hordas mas feroces, depende de dos causas que se combaten recíprocamente.

La primera es la inmensidad de los beneficios combinada con la indulgencia de las leyes.

La segunda el estado de la opinion sobre esta materia en muchos paises de Europa.

De todos los contrabandos, el mas lucrativo es ciertamente el tráfico de los negros; pues produce desde trece á cinco capitales por uno \*.

El único medio de balancear el estímulo que ofrecen unas ganancias tan enormes, seria una rigurosa legislacion;

\* Véanse las Memorias de la sociedad africana, la exposicion del duque de Broglie á la cámara de los Pares en la sesion de 28 de marzo de 1822, y sobre todo un prospecto hecho para un armamento destinado á este comercio y publicado con un impudor increíble, por los comerciantes de una ciudad marítima.

pero las penas impuestas, en casi todas partes contra este comercio son mucho mas suaves que las reservadas á los crimines, infinitamente menos odiosos. Mientras que en nuestros códigos se prodiga la muerte á ciertos delitos causados por la miseria, la desesperacion, y el impulso de las pasiones, el tráfico de negros que es la combinacion del rapto, del incendio, del robo y del asesinato, acompañados de la mas insensible y prolija premeditacion, no se castiga en Francia, sino por ejemplo, con la confiscacion, á la que se subtrae el culpable por medio de los seguros; ó con la privacion de oficio, que elude ostensiblemente navegando bajo las órdenes de otro.

Se opondrá á esto, que se aplicarian con repugnancia por los tribunales unas penas mas severas, y que su indulgencia dejaria impunes á infinitos acusados á quienes no querrian condenar á unos rigores que supondrian excesivos; y los

mismos hombres que no temen que en los delitos políticos resulte la impunidad de la sensibilidad de los jueces, confiesan que es imposible obtener de ellos la misma obediencia y egecucion de la ley, cuando se trata del atentado mas escandaloso contra todos los principios conservadores de la justicia, y de la dignidad de la especie humana.

Muy en breve diré lo que puede tener de cierto esta objecion; mas no la creo suficiente para disculpar la suavidad de las leyes actuales. Me lisonjeo de que hay muchos hombres entre los que servirian de jurados, á quienes un momento de reflexion, haria evidentes el abuso y crimen de semejante indulgencia.

Por lo que á mi respecta, declaro que puede algunas veces ser necesario fulminar un decreto de muerte contra el ciudadano que, extraviado por sus opiniones ó aun por sus miras ambiciosas,

haya conspirado contra la libertad, ó turbado el reposo de su patria; pero lloraré siempre esta necesidad, por que los delitos políticos no implican la perversidad de las intenciones ó la corrupcion del corazon; al paso que, si fuera jurado y me ofreciesen las leyes un medio de libertar á la sociedad del tigre que hubiera arrebatado ó comprado á sus semejantes, amontonándolos en un hediondo calabozo en lo mas hondo de un buque, dejando perecer á una parte de ellos en los tormentos del contagio, de la hambre, de la sed ó de una lenta agonía, y que aun tal vez habria arrojado al mar los endebles y los enfermos, por no ver en ellos otra cosa sino unas mercaderías averiadas, por cierto que no titubearia un solo instante en hacer que la cuchilla de la ley cayera sobre su cabeza, y no creo que se elevase en mi alma el menor sentimiento de compasion por el fallo que hubiese pronunciado.

Hay no obstante en el fondo del sofisma que acabo de citar, una porcion de verdad que contribuye á apoyar la falsedad que contiene; y esto me obliga á volver á tratar de la segunda causa que perpetúa entre nosotros el tráfico de negros.

No puede negarse que en muchos estados de Europa, y particularmente en Francia, la abolicion de aque ltráfico fue anterior á la época en que la opinion ilustrada se hubiese mostrado unánime sobre este punto. Esta prohibicion se presentó en el continente bajo la forma de un decreto importado de Inglaterra, y por consecuencia mas bien se han inquirido sus causas en el interes y la política, que en la justicia; y de este modo precedió la medida y la conviccion moral que hace eficaces las reformas. La autoridad la impuso, y como la opinion auxiliase con menos actividad las medidas legales, cuando toman una iniciativa

que aquella cree pertenecerle, sucedió que los comerciantes infractores de las leyes por su avaricia, no fueron tildados con la reprobacion general; considerándolas mas bien como victimas de un tratado prescrito por los celos de un pueblo rival, que como unos culpables castigados por un odioso é infame crimen.

Sucedo respecto del tráfico de los negros, lo mismo que con todas las cosas humanas. Las reformas que preceden á la opinion, por evidente que sea su justicia, no son nunca ni eficaces ni completas en sus efectos. Los enemigos de ellas hallan auxiliares en los hábitos y preocupaciones aun existentes, y solo, cuando se han esparcido suficientemente las luces, puede alcanzarse el objeto y egecutarse las leyes.

Tan cierto es esto, que los dos paises en donde este abominable comercio está mas altamente reprobado y reprimido

con mas actividad y buena fe son la América y la Inglaterra.

En cuanto á la América no son sospechosas las intenciones de su gobierno, pues hallándose colocado en circunstancias tan felices no podrian introducirse allí los vicios de la añeja política europea. Un inmenso territorio, una poblacion que puede extenderse á su voluntad y una completa seguridad respecto de toda invasion, preservan á aquellos paises de las dificultades que contrarian y corrompen á nuestros gobiernos. Pero no sucede asi por lo que hace al gobierno ó al ministerio ingles: es por su interes, nos dicen, por el interes de su comercio; y esa pretendida humanidad en favor de los negros no es otra cosa, sino una hábil conspiracion contra la prosperidad de los otros pueblos.

Para refutar esta objecion, á que una desconfianza nacional puede dar mucho peso, me serviré de las palabras de un

hombre que ha hecho largas y obstinadas pesquisas sobre los hechos relativos á la abolicion de aquel tráfico, y que siendo par de Francia no debe sospechársele inclinado en favor de los intereses comerciales de Inglaterra.

« Nunca ha solicitado el comercio ingles, dice, la abolicion del tráfico de los negros, ni se ha mostrado su fautor ni su apoyo: al contrario se ha decretado contra él. Por espacio de veinte años, ha repetido los mas rudos ataques para conservarlo, y no ha consentido en su despojo, sino des- pues de haber luchado sin intermision y agotado sus esfuerzos é imprecaciones. Aun hoy mismo, si algunos comerciantes ingleses se atreven á declarar contra él, no pedirian tal vez que se imposibilitase aquel comercio sino bajo pabellon extranjero; quizás sentirian que se privase á sus

» detestables especulaciones de su último  
 » disfraz y refugio. . . . . Los ministros  
 » actuales de Inglaterra no han consi-  
 » derado como una ventaja la abolicion  
 » de este comercio , sino que han figu-  
 » rado durante veinte años entre los  
 » adversarios de esta santa causa : han  
 » votado los últimos en las últimas me-  
 » norías que han persistido hasta el fin  
 » en su oposicion , pronosticando como  
 » consecuencia inevitable de esta me-  
 » dida la desolacion de las colonias y la  
 » bancarrota universal. No triunfa su  
 » política , ni aseguran el éxito de su  
 » obra. Trabajando á la destruccion de-  
 » finitiva del comercio de los negros, im-  
 » ponen , por decirlo asi , una multa  
 » honorable á los errores pasados. Se  
 » han visto vencidos por el ascendiente  
 » de la opinion pública , por la fuerza  
 » de la razon y de la verdad , y aun en  
 » el dia , la fuerza de la razon y de la

» verdad es la que les impele y do-  
 » mina \* . »

La fuerza de estos racionios me pa-  
 rece evidente. Si el gobierno ingles está  
 en el dia de buena fe para oponer obstá-  
 culos á este tráfico , es porque la opinion  
 sobre el particular , se ha preparado en  
 Inglaterra por medio de largas discusio-  
 nes y con la infatigable perseverancia  
 de los hombres mas respetables.

En general se desconoce demasiado el  
 poder de las verdades demostradas. Por  
 mas desfavorable que sea el juicio que  
 pueda merecer la especie humana, existe  
 un cierto grado de evidencia al cual no  
 resisten los intereses.

Mucho menos adelantados que noso-  
 tros, respecto de las luces , los antiguos  
 poseian todas las nociones naturales que  
 sirven de base á la moral , sin embargo to-  
 leraban la esclavitud; y en sus mas odio-

\* Développement du duc de Broglie

sos excesos , porque habiéndoles reconciliado la práctica con una cosa execrable en sí misma , no se despertaba su conciencia con el nombre de esclavo . En nuestros dias , la idea de disponer en Europa , sin retribucion del trabajo , y sin juicio previo de la vida de un hombre inocente , irritaria al menos ilustrado y escrupuloso de nosotros .

Pero no se ha llegado á este punto cuando se trata de los negros : por desgracia hay una porcion del público europeo que no los considera como miembros de la raza humana . Esta porcion que se avergonzaria de robar y asesinar en los caminos públicos , toma parte sin escrúpulo en un comercio que la seduce por sus beneficios , y se alucina con sofismas para disfrazar que entre ella y el asesino ó incendiario hay al menos paridad . Cuando estará bien reconocida esta verdad ; cuando las leyes no hagan diferencia alguna entre unos crímenes

iguales al menos ; cuando , ademas de las leyes , la opinion indignada persiga en las calles y en las plazas públicas al comerciante que haya tomado parte en ese vil tráfico , la casi totalidad de la poblacion mercantil lo abandonará ; y no quedarán mas que unos cuantos miserables , sin casa ni hogar , quienes por un beneficio incierto se alistarán en las filas de los bandidos y piratas , y fuera de la sociedad que los castigue .

A fin de producir esta conviccion moral , debemos trabajar sin intermision . No debemos solamente como hace Filangieri , limitarnos á sentar principios y á probar que este comercio es en teoría la violacion de todos los derechos ; preciso es demostrar con hechos que en práctica es el cúmulo de todos los crímenes . Es necesario reproducir todos los rasgos de crueldad con que aun en el dia mancha los anales marítimos de todas las naciones , consignar en todas